



COORDINACIÓN

Rosa M. Cacheda Barreiro

Carla Fernández Martínez

DIRECCIÓN

José Manuel García Iglesias

OPUS MONASTICORUM IX

UNIVERSOS EN ORDEN

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS Y EL PATRIMONIO
CULTURAL IBEROAMERICANO

VOL. 1

USC
UNIVERSITAT
DE VALÈNCIA
DE VALÈNCIA

álvarellos
EDITORIA

Pablo Ordás Díaz, “La reforma imposible: el indisciplinado cabildo catedralicio de León y la necesidad del rigorismo”, en *Opus monasticorum IX. Universos en orden: las órdenes religiosas y el patrimonio cultural iberoamericano* (R. Cacheda y C. Fernández, coords.; J. M. García Iglesias, dir.), Santiago de Compostela: Alvarelllos, 2016, vol. II, pp. 1275-1295.

Enlace a la web del editor: http://alvarelllos.info/tenda_catalogo.asp?id=187

La reforma imposible: el indisciplinado cabildo catedralicio de León y la necesidad del rigorismo

PABLO ORDÁS DÍAZ¹

Universidade de Santiago de Compostela

Introducción

El caso del cabildo catedralicio de León representa una realidad histórica tan compleja como puede ser la de la Iglesia hispana durante la Edad Media. Muy lejos de ser un *unicum*, los religiosos vieron cómo la vida en comunidad —la forma perfecta de la observancia cristiana— se fue resquebrajando hasta dar paso a una escisión permanente que acabaría secularizando a buena parte de los capitulares. Los mismos canónigos se enfrentarían y desafiarían la autoridad de su obispo, lo cual no es novedoso dentro este complicado sistema de poder que regía las diócesis castellanas medievales, pues serán el objeto de reforma de diversos legados pontificios que en el siglo XIII, alarmados por una

¹ Esta comunicación forma parte de la tesis doctoral *El claustro gótico en el reino de León: espacios, destinos e imágenes*, dirigida por la profesora Rocío Sánchez Ameijeiras dentro del Proyecto I+D+i *Cultura visual y cultura libraria en la Corona de Castilla (1284-1350) III* (ref. HAR2012-34876) y del Grupo de Investigación *Síncrisis: Investigación en Formas Culturales* (GI-1919).

situación de dejadez, indisciplina y falta de decoro, llegaban movidos por las quejas variadas y numerosas de las que se pretende dar cuenta en esta comunicación.

Pero antes de abordar estas cuestiones conviene empezar por los orígenes, para así comprender el desarrollo de los hechos y sus consecuencias.

Principios de *vita communis* entre los canónigos leoneses

El 10 de noviembre de 1073 dictaba testamento don Pelayo, obispo de León. El panorama que recoge el documento es desolador: el prelado, que llegaba a León tras haber sido educado en Compostela, se encontró con una iglesia en ruinas, no sólo físicas —el templo arruinado y destruido, los altares descompuestos, el recinto inundado y las paredes desnudas, carentes de ornamentos—, sino también en lo que respecta a su organización, viéndose en la necesidad de restituir el lugar de culto y la vida regular del cabildo, afectada por el estado ruinoso de las casas y habitáculos de los canónigos². Además de la donación de libros y de objetos preciosos destinados a paliar las carencias relacionadas con la liturgia del templo, resulta especialmente interesante la mención a las obras que impulsó para reconstruir la fábrica de su catedral: el obispo se atribuye la erección de los altares de santa María y el Salvador, así como los de san Juan Bautista y san Cipriano, que ordenó construir *a fundamentis*. Las palabras del obispo leonés parecen anteceder a las que un siglo después escribirá Sugerio de Saint-Denis (†1151) en su *De administratione*³ o a las del autor de la *Historia Compostelana* al relatar los hechos de la prelación de Diego Gelmírez: «empezó con gran esfuerzo a restaurar lo destruido, conservar lo restaurado y mejorar lo conservado»⁴. Sin embargo,

² «[...] *locum mihi a Deo comendatum malitia hostium non solum contaminatum sed etiam distrutum, absidibus interruptis, aris et altaribus incompotis, parietibus nudis et inundatione puuiarum corruptis siue domibus et officinis canonicis, sine libris et ornamentis ecclesiasticis, sine forme discipline rgularis [...]*» Ruiz Asencio, 1990: 442-43.

³ Panofsky, 2004: 56-61.

⁴ Falque Rey, 1994: 80.

pese a lo que la descripción tenga de tópico restaurador, hay datos que apoyan esta descripción; en concreto, cuando se refiere a las inundaciones del templo podría estar aludiendo a un hecho cierto, teniendo en cuenta que el palacio de Ordoño II (†924) —sobre el que se levantaba la fábrica de la catedral— había sido construido en los terrenos que anteriormente ocupaban unas termas romanas⁵.

Pelayo ordenó construir una serie de dependencias alrededor del templo para alojar a los miembros del cabildo que, a partir de ese momento, comenzaron a hacer vida en común bajo la regla de san Agustín. El obispo obedecía de este modo los cánones del concilio celebrado en Compostela en 1063, en el que los obispos de Santiago, Oviedo, Mondoñedo y Lugo establecieron el modelo de vida monástica para los cabildos catedralicios y el clero secular⁶. La medida, no obstante, no fue propuesta por los prelados hispanos en primera instancia: éstos obedecían lo estipulado por Nicolás II (†1061) en el Sínodo Romano de 1059, en el que el papa había dado los primeros pasos de lo que posteriormente se conocería como Reforma Gregoriana⁷. En León la disposición papal hizo que la iglesia recibiera la denominación de Santa María de Regla —en alusión a la *Regula Sancti Augustini*—, que conservó a lo largo de toda la Edad Media, para diferenciarla de otras iglesias bajo la misma advocación en el territorio leonés.

⁵ «*Hoc quippe edifitium quod nunc apparet a quibusdam estimate fuisse regale palatium, a quibusdam uero fanum gentilium et antiquis idolorum cultibus inseruisse diutius, postea, cum iam idola defecissent et ydolis homines renuntiantes signum fidei acceperissent, uacum permanisse usque ad tempora digne memorie Ordonii regis Legionensis*». Véase nota 2.

⁶ «*Omni autem tempore unam omnes oram simul in ecclesia celebrent, vnum refectorium, unum dormitorium canonici cum episcopis abeant et ad mensam lectiones sanctas audient [...]*», Ruiz Asencio, 1990: 343-346.

⁷ Lo acordado en el concilio cristalizó en la encíclica *Vigilantia Uniuersalis*, en la que Nicolás II ordenaba la vida en comunidad para los clérigos, instándoles a seguir el modelo apostólico y renunciando al concubinato, así como a las posesiones materiales. Como se verá más adelante, ésta será una lucha constante hasta entrado el siglo XIII. El otro gran demonio contra el que pretendía luchar el pontífice era la simonía, si bien el auténtico reformador sobre este asunto será su sucesor, Gregorio VII (†1085). Para más información en cuanto a la encíclica *Vigilantia Uniuersalis* remito directamente a la transcripción de Schieffer, 1981: 211-225.

Desde el fin del episcopado de don Pelayo la iglesia de León vivió con relativa tranquilidad bajo los mandatos que le siguieron, encontrando una especial estabilidad en el momento en que don Pedro ocupó la sede en 1087⁸. Este período de bonanza —que no fue sino la calma que precede a la tempestad— quedó reflejado en la documentación conservada: la adquisición de propiedades a través de compras o permutas fue constante, a la vez que la iglesia se beneficiaba de donaciones regias. Éstas fueron especialmente abundantes en los últimos años del siglo, cuando Alfonso VI (†1109) no sólo cede solares y monasterios, sino que exime a los canónigos leoneses de fonsado, pecho o cualquier otro impuesto regio, concediéndoles la inviolabilidad de sus casas⁹. Las relaciones entre el obispo y el cabildo, no obstante, no debían ser del todo cordiales. Así se sobreentiende a partir de una de las cláusulas de ese mismo documento, en el que se estipula que obispo y canónigos no se puedan embargar mutuamente. La situación debió prolongarse en el tiempo, pues dos años más tarde, el 15 de abril de 1100, el Rey volverá sobre este punto, confirmando¹⁰.

El obispo Pedro, pese a estas ligeras desavenencias con su cabildo, siguió la estela de su predecesor Pelayo, cuya labor restauradora no tuvo continuación durante los episcopados inmediatamente posteriores debido a su brevedad. Solventados los problemas más acuciantes en cuanto a la estructura física del templo, este período de estabilidad y de continuados ingresos había permitido que ya en 1092 el obispo centrase su atención en aspectos puramente litúrgicos, aumentando la asignación para la iluminación de los altares que ya había sido establecida por el obispo Pelayo en veinte sueldos procedentes del censo de los judíos¹¹. Todo el dinero del censo, —

⁸ A la muerte del obispo Pelayo le suceden san Cipriano, que habría presidido la sede de mayo a junio de 1085; don Arias Vimaraz, de septiembre a octubre del mismo año de 1085; don Sebastián, de 1085 hasta 1086. Véase Dios Posadilla, 1899: 186-187.

⁹ Ruiz Asencio, 1990: 615-616.

¹⁰ «*Ad totos ipsos facio istam cartam de foro que non sedean / pindratos nec pro suo episcopo, nec pro uolta de tota alia terra de Sancta Maria in suo proprio ganato, sed canonicus sedeat pignoratus pro alio canonico*». Ruiz Asencio, 1990: 626-627.

¹¹ «*Nam ex ipso tributo quod ad Ebraica plebe [...] aditio quoque uiginti solidos ut luminaris lucerna per noctium silentia titulis altarium numquam deficiat a*

quinientos sueldos de plata pura— había sido donado a la sede por Fernando I (†1065) para asegurar oraciones por su alma *ab obitu ipsius usque ad finem extremi temporis*¹²; de esos quinientos sueldos el obispo Pelayo había retirado, además de los veinte mencionados, otros treinta para la iluminación del altar del Salvador, que él mismo había mandado construir.

El mayor logro del obispo don Pedro, no obstante, se produce a inicios del siglo XII y no tiene nada que ver con la restauración física del templo. La situación de la archidiócesis de Toledo, que había disfrutado de un pasado glorioso y pasaba en estos momentos por una situación de declive, permitió que la sede de León fuese declarada exenta, dependiente directamente de Roma bajo la jurisdicción del pontífice¹³. El documento de confirmación lleva fecha de 15 de abril de 1104, dado en Letrán por Pascual II (†1118): *Constituimus igitur ut iuxta predecessorum tuorum et tui ipsius statuta, tui quoque deinceps successores nulli preter Romanorum metropolitano subiecti sint et omnes qui tibi in eadem sede successerint per manum Romani pontificis tamquam speciales / Romane sedis suffraganei consecratur*¹⁴. La ansiada exención y la acumulación de propiedades, así como la restauración emprendida bajo el episcopado de Pelayo, dejaban allanado el camino para un período de estabilidad que se vio truncado de forma inesperada y violenta.

crepusculo uestertini temporis usque horam dei primam.» Ruiz Asencio, 1990: 563-565.

¹² La donación de Fernando I hay que entenderla dentro del contexto en el que se produce. No debe obviarse que la principal construcción del monarca en León fue la basílica de San Isidoro —anteriormente dedicada a San Juan Bautista— tras obtener sus reliquias en 1063. El patrocinio regio dentro del panorama constructivo peninsular palidece al comparar la donación de quinientos sueldos de plata destinados a la catedral de León con el censo de mil áureos anuales que el mismo monarca estipula para sufragar la construcción de Cluny III, y que más tarde será duplicado por Alfonso VI. Véase los artículos ya clásicos de Bishko, 1961; y el mucho más extenso Bishko, 1968. Más recientemente el tema ha sido sujeto de revisión por parte de Sanz Sancho, 1998.

¹³ «*Pero en 1085 las consideraciones políticas y estratégicas dictaban que, llegase a donde llegase esa preponderancia político-eclesiástica en el siglo VII, en el siglo XII Toledo no podía esperar ser más que un remedo de la antigua urbs regia*». Linehan, 2012: 236.

¹⁴ Ruiz Asencio, 1990: 643-644.

El matrimonio entre Doña Urraca (†1126) y Alfonso el Batallador (†1134), pese a su brevedad, dejó su impronta en León. Como todas las iglesias afines al bando leonés, la catedral no se vio libre de los desmanes del de Aragón y de sus tropas: en 1112, tras casi treinta años de ministerio, don Pedro fue desposeído por Alfonso el Batallador de la dignidad episcopal junto con otros prelados del reino, y suplantado en el episcopado por Mauricio de Braga¹⁵. Tras este breve aunque dramático episodio, del que sólo se conserva una referencia directa en una escritura de donación con fecha de 3 de junio de 1112¹⁶, el sobrino de don Pedro, don Diego (†1130), accederá al episcopado, constando en la documentación con su nueva dignidad a partir de enero de 1113.

Aires de cambio: la reforma del cabildo del obispo don Diego de 1120

Los desastres de la guerra, imprevisibles a principios del siglo, dejaron a la catedral de León sumida en el caos y en la ruina. Tres años después de llegar al episcopado, en 1116, el obispo ofrecía un panorama desolador del estado en que se encontraba su iglesia: saqueada por dentro y por fuera, sufriendo muchas injurias y calamidades por parte de gente de la tierra y extranjeros, el prelado recordaba la bendita memoria de Alfonso VI (†1109) bajo cuyo reinado la sede había prosperado de forma ininterrumpida¹⁷.

¹⁵ Debo expresar mi agradecimiento Francisco J. Hernández, que amablemente despejó las dudas iniciales sobre la identidad de *Mauritius archiepiscopus* al hacerme notar que en aquel momento el único arzobispo que había en territorio hispano con el nombre de Mauricio era el de Braga. En cuanto a una visión general del episcopado en este siglo véase Fletcher, 1978: 68-86; Caverio Domínguez, 2004: 199-226.

¹⁶ «*Facta karta donationis sub era M^a C^a L^a, et [quot]um III^o nonas junii. Regⁿ ante domno Adefonso in Legione et in / Arancone, eiusque uicario in Legione Petro Cathamosca. Et qui tenebat illas turres de Legione Aurelia. Mauritius / archiepiscopus in Legione*».

¹⁷ «[...] *Predictam ecclesiam Legionis / post mortem beatę recordationis regis scilicet domni Adefonsi, interius exteriusque depredatam fuisse, multasque iniurias et calamitates, a terrigenis, et ab extraneis pertulisse, ac canonicam eiusdem ecclesie propter multos infelices euentus propterque suarum rerum amissionem, et proximorum neglectionem ad summam inopiam deuenisse, ac desolatam, et*

Aunque esta descripción recuerde necesariamente a la que hacía don Pelayo el siglo anterior y a similares tópicos restauradores, lo cierto es que la situación de las finanzas era tan precaria que el obispo se vio obligado a donar a la iglesia, con permiso de la Reina Urraca, los monasterios, villas, iglesias y demás posesiones que le pertenecían a título propio para solucionar de forma improvisada los problemas económicos que atravesaba su sede¹⁸. Sin embargo, la precariedad financiera no se debía únicamente a la inestabilidad política del momento, sino también al particular sistema de tenencias de beneficios que regía en el obispado de León: puesto que las dignidades de los canónigos no poseían unos beneficios fijos asociados al cargo, sino que dependían de la distribución que de ellos quisiera hacer el obispo —como expone don Diego en el preámbulo a sus Constituciones de 1120— eran comunes las desavenencias y las injusticias basadas en favoritismos arbitrarios¹⁹.

Para evitar el subsiguiente caos y establecer un sistema acorde con el uso común que regía la mayoría de las sedes episcopales hispanas, el obispo decidió reformar su cabildo prácticamente *ex novo*: no sólo institucionalizó prebendas y cargos, sino que también delimitó el número de prebendados que dependían de la catedral y de sus rentas —algo que no se había hecho hasta el momento—,

derelictam extitisse, omnibus / fere Hesperie habitatoribus, sed maxime coepiscopis, clericis, et laicis, in circuitum conmorantibus est manifestum». Fernández Catón, 1990: 52-56.

¹⁸ El mismo año de 1116 la Reina Urraca dona al obispo y a los clérigos de la catedral la villa de San Martín, a cambio de una cruz y un cáliz de oro del tesoro de dicha iglesia. El hecho habla a las claras de la situación económica desesperada que atravesaba el obispado en ese momento, llegando a ceder parte del tesoro a cambio de dichas rentas. Fernández Catón, 1990: 60-63.

¹⁹ «*Quia omnes persone predictae sedis, uidelicet archidiacones (sic), prior, / precentor, sacrista, atque uniuersi canonici, dignitates suas, et honores, non firmiter, neque secundum canonum institutionem possidebant, sed secundum pontificis libitum, et considerationem optimam uel prauam, prout amicitia, seruicium, amor sui generis, uel ira, et odium, eum preoccupabant, ab honoribus / et a prestaminibus, et a sua canonica, et ab omnibus ecclesiarum beneficiis, sine ecclesiastico iudicio, tam senes quam iuuenes expellebantur, uel in honores ecclesiarum sublimabantur inordinate*» Fernández Catón, 1990: 82-90. Un régimen similar de bienes comunes se seguía en Santiago; al igual que en León, la situación de «paz y seguridad» fue resintiéndose, de tal manera que «*en parte por la avaricia de los mayores y en parte por la intolerancia de los otros, y la comida en común disminuyó y casi se redujo a nada*», Falque Rey, 1994: 555-556.

pretendiendo así estabilizar la economía catedralicia, de tal forma que los canónigos gozaran de unas rentas asociadas a sus dignidades sin depender del arbitrio del obispo del momento. Además del establecimiento de canongías perpetuas y de la división de éstas en tres categorías —una correspondiente a las dignidades eclesiásticas, otra correspondiente a un orden de diáconos y finalmente otra de subdiáconos—, el aspecto que tuvo mayor repercusión de estas medidas fue la separación definitiva de las mesas episcopal y capitular, delimitando de una vez por todas las propiedades de un obispo y unos canónigos que hasta ese momento habían hecho vida en común, siguiendo los postulados del ya mencionado Sínodo Romano de 1059 y del Concilio Compostelano de 1063.

Las modificaciones posteriores del documento revelan la actualización periódica del mismo a través de raspados y adiciones al texto original para mantener vigente su valor legal, sobre lo que ya había llamado la atención José M^a Fernández Catón en el estudio preliminar de su edición²⁰. Tres días después de dictar sus disposiciones, el obispo volvió a reforzar la economía del templo haciendo una generosa donación a los altares y a los canónigos que allí celebraban. Los términos, similares a la donación de 1116, incluyen la alabanza a Alfonso VI, pero en este caso es llamativa la mención a la pobreza del templo, que se hallaba *sine ornatu ecclesiastico, sine luminibus cernens*²¹. Una iluminación deficiente, especialmente en un edificio románico que no destacaría por sus grandes ventanales, era un símbolo de pobreza y un aspecto que, como ya se ha visto, había preocupado a los prelados anteriores don Pelayo y don Pedro.

Las medidas, aunque tomadas de urgencia, tuvieron un efecto momentáneo, manteniéndose la situación durante los años siguientes en los que la vida regular continuó de forma relativa; sin embargo, la esencia de la observancia fue perdiéndose progresiva e irremediabilmente en favor de un régimen secular cada vez más acusado. La buena voluntad de don Diego y sus medidas, que pretendían salvar la economía de la sede, proporcionaron a los canónigos la independencia económica necesaria para desligarse en lo posible de la tutela del obispo.

²⁰ Fernández Catón, 1990: 83.

²¹ Fernández Catón, 1990: 90-93.

Qui adfuerint ad libitum suum: el abandono definitivo de la vida en comunidad y la necesidad de nuevas reformas

En 1144 el régimen de vida comunal del cabildo se había resentido de tal forma que una serie de canónigos que deseaban seguir manteniendo la observancia regular, presididos por el prior del cabildo Pedro Arias, pidieron al obispo Juan Albertino (†1181) el permiso necesario para trasladarse a un nuevo cenobio. El prelado concedió el permiso actuando en nombre del rey, y así fue fundada la canónica de Carbajal de la Legua, a escasos seis kilómetros de León, en cuyo recinto deberían vivir los clérigos bajo la misma regla de san Agustín, que hasta ese momento había regido —al menos teóricamente— sus vidas²². Comienza en este momento un trasiego de comunidades entre este nuevo cenobio, la catedral y el monasterio de San Isidoro. En este último se encontraba una comunidad de monjas benedictinas que tenía sus orígenes en el monasterio de San Pelayo, instituido en el siglo X durante el reinado de Ramiro III (†985) para su tía Elvira († ca. 986) y todas aquellas mujeres de la nobleza que quisieran profesar²³. Sin embargo, el lapso temporal durante el que los canónigos de la catedral de León vivieron en Carbajal fue breve. En San Isidoro la Infanta doña Sancha (†1159) pretendía establecer una comunidad de canónigos regulares, y alegando que las monjas de San Pelayo se encontrarían mejor en un lugar más recogido y apartado de la urbe, encontró la solución en 1148 convenciendo a su hermano Alfonso VII (†1157) para llevar a cabo una permuta entre éstas y

²² «*Ego Iohannes Dei gratia Legionensis ecclesie episcopus, una cum omni conuentu eiusdem ecclesie, ad honorem Dei et beate Marie semper uirginis, et huius sancte sedis, statuimus canonicam regularem in ripa fluminis quod nominatur Uernesga in propria hereditate Sancte Marie, in loco nominato Karualiar, ad opus canonicorum nostrorum, uel aliorum bonorum hominum, qui strictiorem uitam ducere, et sub regula beati Augustini degere uoluerint*». Fernández Catón, 1990: 225-228.

²³ Anteriormente Elvira había recibido el monasterio de San Salvador de Palat del Rey, fundado por su padre Ramiro II (†951). Al monasterio de San Pelayo se le agregó la advocación de San Juan Bautista para terminar siendo posteriormente San Isidoro. Pérez Llamazares, 1927: 7-94 y 139-226; Martínez Colombas, 1982: 19-141.

los canónigos regulares, que ocuparían el antiguo cenobio urbano y las monjas el monasterio recién fundado²⁴.

Ante esta situación no es de extrañar que la vida comunitaria del cabildo desapareciera por completo, si bien gracias a la documentación conservada es posible seguir este proceso de progresiva dejadez: en el testamento del obispo Arias II (†1135) ya se menciona a los clérigos que acuden al refectorio cuando les venía en gana —*qui adfuerint ad libitum suum*²⁵—. De nuevo resuenan como un eco de épocas doradas que ya no habrían de volver las palabras contenidas en la donación de Alfonso VI a los *clericis de Sancta Maria de Regula, ubi est sedis episcopalis, qui comunem panem abent in refectorio*²⁶.

La ausencia de los religiosos en el refectorio es tan sólo otra señal del abandono del régimen comunitario. Con la nueva independencia económica de la que gozaban los canónigos, las costumbres se relajaron de forma evidente a lo largo del siglo XII: no sólo habían abandonado los canónigos el comedor común, también la sala capitular había perdido su función original, reuniéndose el cabildo en el palacio del obispo; a ello hay que añadir el absentismo imperante a la hora de acudir a los oficios y el desaliño personal cuando sí acudían, la incapacidad para leer latín y el gran vicio que azotaba a todos los cabildos —hispanos o transpirenaicos—: el concubinato.

En 1224 el cardenal Pelayo Albanense (†1230), que había llegado como legado pontificio con la intención de llevar a cabo una nueva reforma del cabildo, dictaba unas nuevas constituciones. «*El de León, como todos los Cabildos españoles, atravesaban por un período, si no de crisis, al menos de tanteo e incertidumbre, en materia benefical*»²⁷. Las palabras de Demetrio Mansilla al analizar la situación de la Iglesia en este momento suenan demasiado benévolas; parecen más acordes las de Peter Linehan, quien no duda

²⁴ Este hecho explica que el original del documento de fundación del monasterio de Carbajal se encuentre en el Archivo de San Isidoro; véase Villacorta Rodríguez, 1974: 43. Las monjas de Carbajal volverían a la ciudad de León en 1600, manteniendo en su nuevo cenobio la advocación de Santa María de Carbajal.

²⁵ Risco, 1792: 135.

²⁶ Ruiz Asencio, 1990: 616.

²⁷ Mansilla Reoyo, 1953: 53.

a la hora de identificar a los responsables de esta dejadez del clero: la culpa era de los obispos, «*que promovían a sinvergüenzas mientras ellos mismos disipaban los bienes que les habían sido custodiados*»²⁸.

Entre las medidas propuestas por el cardenal estaba la limitación del número de beneficiarios. Aunque redujo el número de canónigos a cincuenta y el de porcionarios a veinticinco, la medida no contentó a los primeros, que vieron cómo las rentas mayores se destinaron a los familiares del propio cardenal²⁹. También se ocupó don Pelayo de asuntos concernientes a la liturgia y al decoro; así, estipuló que ningún canónigo entrase en capítulo con capa de mangas largas o palio, sino que en invierno lo hiciesen con capa cerrada y en verano con sobrepelliz³⁰. Igualmente les instó a no celebrar sus reuniones en el palacio del obispo, ya que esa localización, ni era adecuada, ni servía con dignidad a tal propósito³¹.

Sin embargo, la legación pontificia del cardenal Albanense no dio los frutos esperados, probablemente porque el religioso quiso proponer unas reformas en las que no debía creer demasiado —resulta difícil dar crédito a un reformador nepotista—, y por el conflicto de intereses respecto a la sede legionense. Habrá que esperar unos años, hasta

²⁸ «[...] en octubre de 1219 [...] La iglesia castellana se encontraba en situación de colapso. Fuera pululaba la herejía. La disciplina monástica había quedado abandonada. Se descuidaba la modestia clericalis. Y la culpa era de ellos. Eran los obispos quienes promovían a los beneficios a los indeseables, mientras ellos, por su parte, se dedicaban a malgastar los bienes de las iglesias que tenían confiadas», Linehan, 1975: 10.

²⁹ Las pretensiones del cardenal Pelayo sobre los beneficios derivados de la catedral de León no eran asunto novedoso en 1224: ya en 1216 había intentado conseguir la cancellería del reino para su sobrino, Juan Galvani, a través de la intercesión de Honorio III. También por intercesión pontificia, en 1218, había conseguido el vacante arcedianato de León para su capellán personal. En 1220 Juan Galvani, en ese momento maestrescuela en León, recibía por orden del papa el préstamo de San Martín del Valle, debido a la vacante del arcedianato correspondiente. Véase Villacorta Rodríguez, cit., pp. 43-44.

³⁰ «*Nullus canonicorum intret capitulum cum capa manicata uel pallio, sed cum capa clausa in hieme, cum superpellicio in estate*». Fernández Catón, 1991: 418-422.

³¹ «*Ad hec sta / tuimus, ut non alibi quam in loco ad hoc facto et specialiter deputato capitulum celebretur, non in camera uel domo episcopi, ubi nec ordo nec dignitas in sessione seruatur, ubi etiam quidam, quod satis est inhonestum, / sedent in terra, nisi propter debilitatem episcopi, necessitate instante, in eius camera raro celebrari contingat*». Fernández Catón, 1991: 418-422.

1228, para que llegue Jean d'Abbeville, un nuevo cardenal legado con nuevas —y más profundas— reformas.

Por que los religiosos non *deuen tornar a lo del sieglo que dexaron*: la llegada de Jean d'Abbeville y el rigorismo

El trabajo del cardenal Albanense, a pesar de todo, no cayó completamente en saco roto, aunque sorprende que tan solo cuatro años más tarde el papa enviase a un nuevo legado, cuya misión era implantar de forma definitiva las medidas acordadas en el IV Concilio de Letrán de 1215-16³². El cardenal de Sabina llegó a la Península para devolver a la senda a esos rebaños de ovejas descarriadas que eran los miembros de los cabildos hispanos. Parecía la persona idónea para este trabajo: teólogo destacado, el año anterior a su legación hispana había sido promovido al cardenalato por Gregorio IX (†1241). Su carácter estricto le había llevado a rechazar el Patriarcado de Constantinopla, y además conocía la realidad de la vida capitular, pues él mismo era canónigo de la catedral de Amiens³³.

Las nuevas constituciones se promulgaron durante el Concilio de 1228, con la asistencia de los obispos del reino y bajo la presidencia de Jean d'Abbeville. Entre los muchos problemas con los que se encontró el legado, destacaba el hecho de que los religiosos no sabían latín —de hecho las copias de las constituciones custodiadas en el Archivo de la Catedral de León están escritas en romance³⁴—; para paliar esta carencia manda que les sean retirados los beneficios a todos aquellos canónigos *illitteratis*, excepto a los ancianos, hasta que sepan hablar latín, e igualmente ordena que ninguno sea ordenado si no conoce la lengua clásica. En la disposición V el cardenal se refiere a la *honestitate clericorum*: los religiosos

³² [...] *mandamos que daqui endelante con mayor diligencia sean aguardados los establecimientos del sancto concilio general, los quales en gran partida non sien graue periglo son despreciados, e que sean castigadas afincadamente todas aquellas cosas que locamiente son fechas contra ese mismo concilio*, Fernández Catón, 1990: 470.

³³ Duchesne, 1660: 200-201; Linehan, 1975: 17-29; Linehan, 2001: 236-37.

³⁴ A.C.L, cód. 21, ff. 94-99v; y cód. 1, ff. 74v-78v.

no deben emborracharse —*se aguarden muy bien de gargantez y beuedez*³⁵—, no deben entrar en tabernas, deben vestir con modestia y no mostrar lujos mundanos —*non trayan siellas nin frenos nin espuelas doradas nin pretales*— ni buscar venganza de muerte; y como ocurre con los iletrados, ordena que el clérigo que rompa estas normas pierda sus beneficios y, en caso de no tenerlos, que no sea enterrado en sagrado.

Sin embargo, el aspecto contra el que el legado luchó con todas sus fuerzas fue la presencia pertinaz de clérigos que mantenían barraganas. Las medidas adoptadas son similares a las anteriores, privando de beneficios a los «*clerigos en peccado [...] que touieren en suas casas o en azenas barraganas publicamente*». Sólo con estas mujeres se muestra mucho más duro: ordena que sean denunciadas en la misa del domingo, que se den por excomulgadas «*e se morieren que las entierren en la sepultura de las bestias*»³⁶. Tampoco se olvidó de los hijos de estos concupiscentes religiosos, desheredándolos y prohibiéndoles acceder a la clerecía. Pese a estas medidas y a su ajetreado itinerario a lo largo y ancho de la Península, parece que los esfuerzos de Jean d'Abbeville no dieron los frutos deseados.

Lo cierto es que el concubinato religioso no era ninguna novedad, ni en terreno Hispano ni más allá de los Pirineos, de dónde procedía el cardenal. Además, teniendo en cuenta las constantes menciones a este problema que afectaba a la mayor parte de cabildos y comunidades religiosas, siguió sin serlo en lo que quedaba de siglo. Alfonso X (†1284) volverá sobre el tema en las *Siete Partidas*, retomando las mismas medidas que sesenta años antes había propuesto d'Abbeville —si bien en este caso, haciendo gala de una mayor benevolencia, las barraganas sólo debían hacer penitencia de por vida en un monasterio—³⁷. El problema seguiría siéndolo durante los reinados posteriores.

Entre 1316 y 1350 fueron tallados los capiteles y mensulones que habrían de sostener las cubiertas del nuevo claustro gótico, y entre los motivos decorativos que allí se esculpieron aparece de forma significativa un Aristóteles cabalgado por la jovencita Filis y un

³⁵ Véase nota 32.

³⁶ Véase nota 32.

³⁷ Partida I, título VI, ley XLVIII, *Qué pena deuen auer los clérigos que tienen barraganas manifestamiente*. Arias Bonet, 1975: 168.

capitel con escenas de la vida de san Andrés, en uno de cuyos episodios juega un papel fundamental un libidinoso obispo subyugado por un demonio en forma de bella mujer [Figs. 1 y 2]³⁸. Al margen de las interpretaciones misóginas generalistas que puedan leerse en estos casos, ambas escenas parecen ir dirigidas de forma intencionada a una audiencia religiosa: en el caso del obispo resulta obvio, mientras que en el de Aristóteles hay que tener en cuenta que en el relato que da origen a la leyenda, el *Lai d'Aristote*, al Filósofo se le califica como *bon clers*³⁹.

A modo de conclusión

El carácter abiertamente sexual de estas dos historias adquiere en León tintes admonitorios. Sólo así se entiende que el relato protagonizado por el Filósofo se sitúe sobre un capitel de carácter narrativo que comienza con la creación de Adán y Eva, continúa con el Pecado Original, la matanza de los Inocentes y termina con la huida a Egipto. Por otra parte, el capitel con las escenas del martirio de san Andrés está rematado por un mensulón en el que aparece la Virgen con el Niño, en clara oposición con el diablo femenino que había conquistado al obispo. De esta forma, estos dos pequeños ciclos ofrecían a los religiosos un ejemplo de qué mujeres podían ser objeto de su amor —María— y a cuáles evitar —Filis—.

Como ya se ha visto, las comunidades religiosas del momento distaban mucho de aquellas descripciones idealizadas que aparecían en los testamentos de siglos anteriores, en los que la *vita communis* estaba regulada por la autoridad indiscutible del obispo o abad. Con el paso del tiempo la progresiva independencia de los canónigos les permitió desligarse de esa figura, para vivir en las ciudades de forma casi secular. Contra los vicios derivados de

³⁸ Vorágine, 2004: 29-37.

³⁹ El término *bon clers* no tendría las mismas connotaciones en territorio francés que en el hispano. En el lugar de origen del relato *clers* podría referirse a cualquier personaje letrado —y, por ende, notario, escribano e incluso estudiante—, mientras que en Castilla «clérigo» sí tenía connotaciones religiosas, como ya se ha visto en las constituciones del Concilio de Valladolid o en las *Siete Partidas*. Sobre el *Lai d'Aristote* véase Héron (ed.), 1901.

esta forma de vida arremetía Jean d'Abbeville, al concluir que «*los religiosos non deuen tornar a lo del sieglo que dexaron*»⁴⁰.

Pese a los denodados esfuerzos de obispos como don Pelayo, ya en el siglo XI, pasando por don Diego en el XII, los cardenales Albanense y Jean d'Abbeville en el XIII, la sensación que produce al historiador es la de una reforma imposible que estaba abocada al fracaso. Y así fue, pues la vida en comunidad de los cabildos catedralicios hispanos se fue perdiendo de forma irremisible: León es sólo una muestra de una realidad histórica que afectaba también a las diócesis vecinas, como Compostela, Ourense o Lugo, siendo Tui el único cabildo que conservó la regla agustina hasta el siglo XIII⁴¹. Las instituciones comunales se reconvirtieron y adaptaron sus usos a una nueva realidad; así ocurre con el refectorio catedralicio leonés, que desde el momento en que la comunidad se instaló en Carbajal de la Legua pasó a desempeñar las funciones de institución de caridad, alimentando a una serie de pobres cuando así lo estipulaban los aniversarios dotados por los difuntos en memoria de su alma⁴².

Y son estos difuntos los que transmiten cierta sensación de orden y de paz a través de sus sepulturas [Fig. 3]⁴³. Si en vida se hizo necesaria reforma tras reforma para intentar cambiar sus costumbres licenciosas, la extraordinaria uniformidad que muestran las sepulturas de los canónigos leoneses del siglo XIII parece querer plasmar las disposiciones del cardenal Albanense en lo que respecta

⁴⁰ Véase nota 32.

⁴¹ Pérez Rodríguez, 2010: 163.

⁴² En 1216 se menciona la viña de la *karitatis Sancte Marie de Regula* en el contrato de venta de Wilelmo de Lugath y su hermana al arcediano Juan Petri. Fernández Catón, 1991: 317-318.

⁴³ Aunque los sepulcros canónicos leoneses contienen una interesante diversidad iconográfica, casi todos presentan los mismos elementos básicos: lucillo con yacente revestido de los hábitos canónicos y tímpano con la ascensión del alma llevada por ángeles bajo una Majestad, así como decoración vegetal o con ángeles en las arquivoltas. El ejemplo que se ofrece es más complejo, al incorporar escenas devocionales y una presentación del alma del difunto en el registro superior; por esta razón se ha optado por esta imagen representativa de todo el conjunto funerario desplegado en el claustro catedralicio leonés. Sobre este aspecto, quisiera agradecer a la profesora Rocío Sánchez Ameijeiras el acceso a su tesis de doctorado *Investigaciones iconográficas sobre la escultura funeraria del siglo XIII en Castilla y León*.

al aspecto de los clérigos: sobrepellices, manípulos y bonetes visten a estos yacentes tal y cómo don Pelayo Gaitán había estipulado en 1224 que debían vestir los canónigos cuando acudieran a los oficios. Los libros que algunos llevan en la mano son igualmente un símbolo de piedad, tremendamente irónico teniendo en cuenta las quejas de Jean d'Abbeville respecto a aquellos canónigos iletrados que no sabían latín. A través de estos sepulcros los miembros del cabildo leonés se nos muestran no cómo fueron, sino como les gustaría haber sido, para así burlar en cierta manera a «*la muerte del olvido*»⁴⁴.



Fig. 1. *Capitel con escenas del Génesis y del Nuevo Testamento; mensulón representando a Aristóteles y Filis, León, panda este del claustro de la catedral, primer ¼ del siglo XIV. Fotografía del autor.*



Fig. 2. *Capitel con escenas de la vida de san Andrés; mensulón con la Virgen y el Niño, León, panda sur del claustro de la catedral, primer ¼ del siglo XIV. Fotografía del autor.*



Fig. 3. *Sepulcro del tesorero Pedro Yáñez* († post. 1258), León, panda sur del claustro de la catedral, ca. 1260. Fotografía del autor.

Bibliografía

- Arias Bonet (ed.), 1975
- Arias Bonet, Juan Antonio (ed.): *Primera Partida según el manuscrito add. 20.787 del British Museum*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1975.
- Bishko, 1961
- Bishko, Charles Julian: «Liturgical Intercession at Cluny for the King-Emperors of León», *Studia Monastica*, vol. III, 1961, pp. 53-76.
- Bishko, 1968
- Bishko, Charles Julian: «Fernando I y los orígenes de la alianza castellano-leonesa con Cluny», *Cuadernos de Historia de España*, nº 47-48, 1968, pp. 31-135.
- Cavero Domínguez, 2004
- Cavero Domínguez, Gregoria: «El episcopado de la iglesia de León (1087-1205)», en Díaz y Díaz, 2004, pp. 199-226.
- Díaz y Díaz, 2004
- Díaz y Díaz, Manuel Cecilio: *Escritos dedicados a José María Fernández Catón* (2 vols.), León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» (CSIC-CECEL), Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 2004.
- Dios Posadilla, 1899
- Dios Posadilla, Juan de: *Episcopologio legionense* (2 vols.), León, Imp. de Maximino A. Miñón, 1899.
- Duchesne, 1660
- Duchesne, François: *Historie de tous les Cardinaux François de naissance* (2 vols.), París, F. Duchesne, 1660.
- Falque Rey, 1988
- Falque Rey (ed.), 1988: *Historia Compostellana*, Turnhout, Brepols, 1988.
- Falque Rey (ed. y trad.), 1994
- Falque Rey, Emma (ed. y trad.): *Historia Compostelana*, Madrid, Akal, 1994.
- Fernández Catón, 1990
- Fernández Catón, José María: *Colección documental del archivo de la catedral de León (775-1230), vol. V (1109-1187)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» (CSIC-CECEL), Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 1990.
- Fernández Catón, 1991
- Fernández Catón, José María: *Colección documental del archivo de la catedral de León (775-1230), vol. VI (1188-1230)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» (CSIC-CECEL), Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 1991.
- Fletcher, 1978
- Fletcher, Richard A.: *The Episcopate in the Kingdom of León in the Twelfth Century*, Oxford, Oxford University Press.

Héron (ed.), 1901

Héron, Alexandre (ed.): *Li lai d'Aristote d'Henri d'Andeli*, Rouen, Imp. Léon GY, 1901.

Lema Pueyo, 2008

Lema Pueyo, José Ángel: *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Gijón, Trea, 2008.

Linehan, 1975

Linehan, Peter: *La iglesia española y el papado en el siglo XIII* (P. Borges Morán, trad.), Salamanca, Universidad Pontificia, 1975. 1ª ed. en inglés *The Spanish Church and the Papacy in the thirteenth century*, Cambridge, University Press, 1971.

Linehan, 1994

Linehan, Peter: «León, ciudad regia, y sus obispos en los siglos X-XIII» en *El Reino de León en la Alta Edad Media*, vol. VI, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» (CSIC-CECEL), Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 1990, pp. 409-457.

Linehan, 2012

Linehan, Peter: *Historia e historiadores de la España medieval*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012. 1ª edición en inglés *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

López (ed.), 1555

López, Gregorio (ed.): *La Siete Partidas del Sabio Rey don Alfonso el nono, nuevamente glosadas por el Licenciado Gregorio López del Consejo Real de Indias de su Magestad* (3 vols.), Salamanca, Imp. de Andrea de Portonaris, 1555. Edición facsímil a cargo del Boletín Oficial del Estado, 2011.

Mansilla Reoyo, 1953

Mansilla Reoyo, Demetrio: «El cardenal hispano Pelayo Gaitán. 1206-1230», *Anthologica Annua*, 1953, pp. 11-66.

Martínez Colombras, 1982

Martínez Colombras, García: *San Pelayo de León y Santa María de Carbajal: biografía de una comunidad femenina*. León: Monasterio de Santa María de Carbajal, 1982.

Panofsky (ed.), 2004

Panofsky, Erwin (ed.): *El abad Suger. Sobre la abadía de Saint-Denis y sus tesoros artísticos*, Madrid, Cátedra, 2004. 1ª ed. *Abbot Suger on the Abbey of St. Denis and Its Art Treasures*, Princeton, Princeton University Press, 1946.

Pérez Llamazares, 1927

Pérez Llamazares, Julio: *Historia de la Real Colegiata de San Isidoro de León*, León, Imprenta Moderna, 1927.

Pérez Rodríguez, 2010

Pérez Rodríguez, Francisco Javier: «Los cabildos catedralicios gallegos en la Edad Media (siglos XII-XIV)», *Semata*, vol. 22, 2010, pp. 159-175.

Puyol Alonso, 1920

Puyol Alonso, Julio: «Las Crónicas Anónimas de Sahagún (Continuación)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 76, 1920, pp. 242-257.

Reilly, 1982

Reilly, Bernard F.: *The Kingdom of León-Castilla under Queen Urraca, 1109-1126*, Princeton, Princeton University Press, 1982.

Risco, 1786

Risco, Manuel (O.S.A.): *España Sagrada, Memorias de la Santa Iglesia esenta de Leon concernientes a los siglos XI. XII. y XIII. fundadas en Escrituras, y Documentos originales, desconocidos en la mayor parte hasta ahora, y muy utiles para la Historia de esta Ciudad, del Reyno de Leon, y de la España en general, t. XXXV*, Madrid, Imp. de Pedro Marín, 1786.

Risco, 1792

Risco, Manuel (O.S.A.): *Historia de León, t. II. Iglesia de León y monasterios antiguos y modernos de la misma ciudad*, Madrid, Imp. de Blas Román, 1792.

Ruiz Asencio, 1990

Ruiz Asencio, José Manuel (ed.): *Colección documental del archivo de la catedral de León (775-1230), vol. IV (1032-1109)*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» (CSIC-CECEL), Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 1990.

Sanz Sancho, 1998

Sanz Sancho, Iluminado: «Notas sobre la política religiosa en tiempos del Rey Fernando I de León y Castilla», *Cuadernos de Historia Medieval*, nº 1, 1998, pp. 73-109.

Schieffer, 1981

Schieffer, Rudolf: *Die Entstehung des päpstlichen Investiturerbots für den deutschen König*, Colección «Monumenta Germaniae Historica. Schriften», vol. 28, Stuttgart, Anton Hiersemann, 1981.

Villacorta Rodríguez, 1974

Villacorta Rodríguez, Tomás: *El cabildo catedral de León. Estudio histórico-jurídico, siglo XII-XIX*, León, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro» (CSIC-CECEL), Caja de Ahorros y Monte de Piedad, Archivo Histórico Diocesano, 1994.

Vorágine, 2004

Vorágine, Santiago de la: *La leyenda dorada* (2 vols.) (J. M. Macías, trad.), Madrid, Alianza, 2004.

